

**Psicología cultural a partir de once estudios de Identidad juvenil y las
violencias en Colombia**

Autor:

Ximena Martínez Gómez

Asesora:

Patricia Botero Gómez

Universidad de Manizales

Facultad de Psicología

2010

Introducción

Este texto se articula al proyecto de investigación: Estado del arte de la psicología política y las violencias. El cual se pregunta fundamentalmente por ¿Qué le dice la psicología política a las violencias en Colombia? Botero y cols (2008-en proceso).

Es importante anotar el interés en este trabajo por abordar estudios propiamente realizados dentro del marco temático de la psicología cultural, específicamente sobre la comprensión de la noción de identidad, dando una matiz particular a las búsquedas investigativas en el amplio espectro de estudios sobre juventud como campo de conocimiento.

De este modo, en el presente documento se recogen planteamientos de once estudios¹ publicados del año 2000 en adelante y sobre algunas referencias que éstos citan de años atrás, todos ellos realizados en Colombia, y cuyas temáticas giran en torno a la identidad juvenil. Con la pretensión de ver puntos de encuentro y rupturas en las diferentes lecturas a dicho fenómeno; para, finalmente, categorizar los elementos o factores que comúnmente se encontraron como importantes o relevantes en el momento de realizar las diversas investigaciones desde una mirada disciplinar de la psicología. La exploración de dichos escritos arrojó resultados bastante interesantes que pudieron abstraerse en dos grandes momentos del presente documento. El primero abarca la noción de identidad

¹(Agudelo, 2009): Identidad y formación profesional una perspectiva de construcción en relación ; (Cabrera 2007): Identidad de género en el discurso de los universitarios; (Caycedo, Duarte, Granados, Berman, Cheng, Sukumaran, Briones, 2009): Globalización e identidad personal y global en universitarios colombianos, chinos, hindúes y norteamericanos. (Gomez, 2005): Análisis sobre la identidad social de los bogotanos a través de documentos producidos entre 1996 – 2003; (Ortega, Delgado): Identidad de género: ¿obstáculo al desarrollo o acceso a la equidad?;(Palomares 2008) Desarrollo de la identidad en tres integrantes de la tribu urbana gótica: Un abordaje exploratorio desde la teoría de Erikson; (Patiño, Upegui, Echavarría, 2005): La identidad metalera: Una vivencia emocional ; (Patiño, Brand, Uribe, 2006): La muerte y los jóvenes un caso de identidad psicosocial gótica; (Gallego, Patiño, Arias, 2008): Consumo de éxtasis y búsqueda de armonía: referentes de una identidad juvenil; (Uribe, Barreto, 2009): La identidad de los jóvenes que eligen programas de mercadeo ; (Botero, Calle, Lugo, Pinilla, Ríos y cols, 2007) Narrativas del conflicto socio-político y cultural de jóvenes en contextos locales de Colombia), dentro de ésta el trabajo de Botero, 2008b el cual da cuenta de las particularidades de la dimensión simbólica y psico-cultural de las violencias juveniles;

haciendo énfasis en su aspecto social, de allí, se argumenta el valor de la constitución del joven en comunidades para finalizar con el proceso de identificación a partir de un único individuo como referente. El segundo procura hacer una lectura de la identidad juvenil, desde las implicaciones que tiene el contexto, lo cual se desarrolla desde las categorías relacionales tales como la psico-historia y en ésta los medios de comunicación en la globalización; el símbolo y la cultura; para finalizar todo el compendio con la discusión acerca de la relación Juventud, poder, Violencia, en donde se plantea como ha llegado a constituirse la juventud en un referente de conflicto y como se concibe la violencia y el conflicto al interior de diferentes agrupaciones e identidades y subjetividades juveniles.

Psicología cultural

La intención de este apartado es la de construir un recorrido histórico, teórico y temático referente a la psicología cultural, haciendo énfasis en aquellos aspectos relevantes para el desarrollo del presente documento.

La psicología cultural ha tenido grandes dificultades para su consolidación debido principalmente a dos fuertes inclinaciones de la psicología, la primera es una perspectiva biológica que con pretensiones científicas y universales ha dejado de lado aspectos biográficos, históricos, simbólicos, sociales. “Obstáculo de mayor envergadura ha sido, posiblemente, un psicologismo individualista que ha caracterizado a diversos enfoques psicológicos. Enfoques que se han centrado en el individuo como si fuera un ente aislado, independiente” (García, 2000, p.10). Olvidándose de la importancia que tiene el contexto, y lo social, no solo como un factor influyente, sino como base, y como la única forma que tiene el ser de constituirse en humano, con los otros y lo otro, es en estas interacciones que se constituye la cultura, pues “el hombre es un animal cultural” (Aguirre, 2000, p.111).

Sus comienzos se pueden rastrear desde Wundt (1900 - 1916) y Carreras (1879 - 1954), quienes acuñaron una psicología de los pueblos y etnopsicología, respectivamente.

La psicología de los pueblos “hecha a base, exclusivamente, de las manifestaciones más desarrolladas del espíritu: el arte, la ciencia, la filosofía, el estudio comparativo de las grandes instituciones y de los hombres más representativos, etc. (...) la psicología étnica, estudia las manifestaciones populares tradicionales: las creencias, el lenguaje, los usos y costumbres, los ritos, las leyendas, etc. Esta segunda psicología constituye el verdadero substrato de la primera” (Carreras, 1923, p. 213).

Una tercera perspectiva es la transcultural, término acuñado por Ortiz (1940) para nombrar los fenómenos de aculturación y deculturación, el cual se desarrollo hasta redefinirse como un estudio comparativo del comportamiento de las diferentes culturas. Según Aguirre (2000, p.124) los tres movimientos principales que sustentan los inicios de la psicología cultural, hasta los años ochenta, son la “psicología de los pueblos”, “los estudios transculturales” y “cultura y personalidad”.

Sigmund Freud en sus planteamientos acerca de la estructura de la personalidad, incluye la cultura remitiéndola al superyó, lo cual se hace especialmente visible a partir de su obra Tótem y Tabú en 1913, y se hace extensivo a partir de 1920 en titulaciones como Psicología de las masas y análisis del Yo (1921), El malestar en la cultura (1929) y Moisés y el Monoteísmo (1939), como algunas de las más representativas. Influenciado por los nuevos planteamientos de Freud y la escuela antropológica liderada por F. Boas, surge en EEUU un estudio conjunto sobre los temas de “Cultura y Personalidad”.

Uno de los aportes más interesantes en este movimiento es el realizado por Abrahan Kardiner (1945) “la teoría de la “personalidad básica”, dividiendo las

instituciones de la cultura en “primarias” y “secundarias” Como instituciones primarias, aludió a la familia, la alimentación, etc. Las instituciones secundarias [religión, sociedad, etc.] son las que satisfacen las necesidades y mitigan las tensiones creadas por las instituciones primarias. Saber por qué ciertas instituciones proponen la paz, mientras otras la violencia, es lo mismo que preguntarse cómo responden las instituciones secundarias a las tensiones que crean las primarias” (Aguirre 2000, p.117).

La obra de Erikson, mucho más ceñida a los planteamientos Freudianos que la de Kardiner, ha logrado una gran importancia en los estudios referentes a la identidad, debido a sus “fases” psico-culturales del ciclo vital. Freud centra sus estudios en la niñez hasta llegar a la pubertad, Erikson sustenta las demás etapas del desarrollo: la adolescencia, la adultez y la vejez, de las cuales da cuenta en sus obras, El ciclo vital completado (1982); Identidad, juventud y crisis (1968) y El problema de la identidad del yo (1969).

En la Europa oriental, se consolida la escuela cultural-histórica rusa, con Vygotski, Luria, Galperin, Leontiev y otros, quienes pretendían darle continuidad a las dos psicologías de Wundt, combinando los aspectos biológicos con los culturales. “En consonancia con el pragmatismo norteamericano, esta escuela también entendió que los procesos psicológicos surgen de la actividad práctica mediada culturalmente y en desarrollo histórico” (Cole, 1999, p. 106). Según Garcia (2000, p.6) las teorías más representativas que se han concebido desde una perspectiva psicocultural son: la histórico cultural, la psicodinámica, y la sociocostruccionista.

El socioconstruccionismo, es considerado por algunos autores (Gergen, 1985; Ibáñez, 1989, 1994; Garcia, 2000) como un planteamiento idóneo para la psicología cultural, debido principalmente a su visión del ser humano, la cual se puede resumir en tres postulados básicos (Garcia, 2000): el primero de ellos se centra en la subjetividad, definiendo al “hombre” como un ser que se interpreta a sí mismo e interpreta la realidad que lo rodea, y que a su vez es agente activo de

esta; el segundo plantea que lo social es la base del sustrato psicológico, pues este se construye por medio de la interacción, el entorno social se convierte en el campo intersubjetivo donde las personas extraen y negocian los significados de la realidad que configura su vivencia psíquica. El tercero hace referencia a la naturaleza simbólica de los elementos que componen la subjetividad, pues no son realidades sino representaciones acerca de la realidad. Por ende los elementos que componen la subjetividad son de naturaleza cultural, pues la cultura (Geertz, 1973) es el mundo de las representaciones de la realidad, vigentes en un determinado contexto social, en un determinado momento histórico.

Los diferentes enfoques desde los cuales se ha pretendido hacer una lectura psicocultura, son ampliamente diversos, sin embargo todos ellos concuerdan en estudiar la influencia de la cultura en la vida psíquica. Una definición más compleja de psicología cultural es la acuñada por Serrano (1996, p.99) “La psicología cultural es el estudio de la constitución mental de y por las formas simbólicas -esto es, acciones y expresiones humanas significativas-, discursivamente estructuradas, históricamente contextualizadas y socialmente producidas, reproducidas y transmitidas”. Algunos aspectos enunciados por diversos autores complementan y amplían dicha definición, en pro a una mejor comprensión de aquello que constituye la cultura, y de cómo se entiende al ser humano desde una lectura psicológica a partir de esta:

Según Guitart (2008) la cultura está compuesta por formas implícitas y explícitas pertenecientes a una determinada unidad cultural; en la dimensión implícita se ubican formas de creer, pensar y actuar; y en la explícita “los artefactos culturales como la lectura y los libros o los equipos de futbol y las banderas” (p, 10).

El ser humano es considera como agente activo, capaz de reproducir y transformar los significados. En sintonía con ello, no se va a hablar tanto de conducta como de acción, que es su equivalente intencional (Bruner, 1990).

Shweder incluso dice que la psicología cultural ha de ser el estudio de los mundos intencionales (1990).

“La mente y su contenido, estando en sintonía con el momento histórico y cultural, cambia y se transforma generación tras generación. El mundo cultural y mental [el conjunto de vivencias colectivas y personales] de una persona de mediados del siglo XIX es muy distinto que el de una persona que vive a principios del siglo XXI. Ello obliga a que la psicología, sus temas de estudio, así como sus enfoques y métodos, deban de reinventarse constantemente para responder a los cambios históricos y culturales que acabaran modificando nuestras mentes” (Guitart 2008 p,17).

Actualmente las temáticas abordadas desde la psicología cultural están inmiscuidas en los diversos campos de aplicación de la psicología; tanto en lo referente a lo social, como a lo clínico, educativo y organizacional: Los procesos migratorios, el nacionalismo, la reestructuración de las prácticas educativas, la centralidad del consumo de bienes materiales y simbólicos, la heterogeneidad de estructuras familiares, los estereotipos sociales, las consecuencias psicosociales de Internet y los mass media, el componente cultural de patologías psicológicas, la realidad global, las prácticas terapéuticas como la sistémica y la narrativa, las transformaciones en el mundo laboral, la cultura organizacional, y las identidades personales y colectivas (étnicas, religiosas, lingüísticas, de género).

“Los procesos de identidad resultan de la autoadscripción (y heteroadscripción) a un grupo cultural de referencia identitaria. Los grupos viven socialmente organizados en el marco de una cultura. Decía Schein: sin un grupo no puede existir cultura y sin la existencia de un grado de cultura, en realidad, todo lo que podemos es hablar de un agregado de personas y no de un grupo (Schein, 1988, p. 65). El grupo [agrupación, organización, institución], al tener su “propia” cultura, nacida de la interacción de los miembros grupales en su tarea por alcanzar los objetivos, está creando un límite cultural, una etnicidad, una membrana de

identidad. La cultura proporciona al grupo, cohesión interna, identidad y eficacia al encaminar sus esfuerzos hacia los objetivos” (Aguirre, 2000, pág. 128).

"El proceso de formación cultural es, en un sentido, idéntico al proceso de formación grupal, en cuanto que la misma esencia de la 'colectividad' o la identidad del grupo -los esquemas comunes de pensamiento, creencias, sentimientos y valores que resultan de las experiencias compartidas y el aprendizaje común-, es lo que en última instancia denominamos 'cultura' de ese grupo” (Schein, 1988, p. 65).

Identidad y categorías en relación

En primera instancia, es importante conocer el foco desde el cual se le hizo lectura a los diferentes proyectos de investigación, razón por la cual se tomó como referente las definiciones centrales de identidad y a su vez vislumbrar otros elementos de gran importancia en relación con esta.

Siguiendo a Morín (2003) se encuentra que: La diferenciación decisiva en relación al otro no está en primer lugar en la singularidad genética, anatómica, psicológica y afectiva; está en la ocupación del puesto egocéntrico por un yo que unifica, integra, absorbe y centraliza cerebral, mental y afectivamente las experiencias de la vida. Lo cual lleva a Agudelo (2009, p. 27) a considerar que en la actualidad, “se hace posible reconocer un sujeto biológico, relacional, social lenguajeante, emocional, cultural, religioso, aspectos que no se reconocen en sus partes, sino en su mezcla compleja y continua construcción de identidad”.

Desde Erikson (1971, p. 133)² “La identidad es una configuración de lo dado constitucionalmente, las necesidades libidinales e idiosincrásicas, las capacidades

² Para Erikson (1982) la identidad se resuelve en crisis psicosociales tales como Confianza Vs Desconfianza; Autonomía Vs Duda; Iniciativa Vs Culpabilidad; Identidad Vs Confusión de roles; Intimidad Vs Aislamiento; Generatividad Vs Estancamiento; Integridad Vs Desesperación.

privilegiadas, las identificaciones significativas, las defensas efectivas, las sublimaciones exitosas y los roles coherentes”.

Continuando una línea de énfasis en el carácter social de la identidad encontramos a Patiño, Estefan, Echavarría (2005, p. 41) “la identidad psicosocial, tiene como punto de partida el hecho del reconocimiento recíproco entre actores en situaciones de interacción, como el sentido de pertenencia de éstos a un proyecto (...) determinado dentro de una categoría social, además de los significados compartidos grupalmente, cargados de valores y emociones “.

Lo social, lo cultural, y lo personal forman tres sistemas interdependientes que accionan y reaccionan entre sí, según Sorokin (1996). Por consiguiente al ser el individuo la unidad básica de las otras dos estructuras, este posee la capacidad de constituir las y modificarlas, y a su vez estas tienen la capacidad de generar cambios en el individuo. Esto es especialmente visible cuando el sujeto se incorpora a un grupo, al hacer parte del él y denominarse como miembro, debe apropiarse, en mayor o menor grado, de los elementos de identificación de este. Y a su vez este desde su estructura personal puede alterar el funcionamiento y la naturaleza del grupo.

Ovejero (2004), plantea que el mero hecho de pertenecer a un grupo produce una identidad social. Lo que conlleva a que se cree una diferenciación entre elementos endo-grupales y exo-grupales.

“La identidad es relación y se produce en referencia a lo que es propio y común en torno a lo que nos identifica y en referencia a lo extraño, lo que diferencia. Por ende no se circunscribe a límites rígidos característicos de un único proyecto, cada pertenencia ubica dentro de un contexto relacional con otros a quienes se consideran semejantes y se diferencian de aquellos que dentro de ese marco de referencia son considerados no semejantes” (Gallego, Patiño, Arias, Cano, 2008, p. 41)

En consecuencia el ser humano a la largo de su vida pertenece a más de un proyecto o entidad cultural; nace en el seno de una familia y durante su adultez es posible que establezca otra; se inscribe a grupos de carácter recreativo como los deportivos, los artísticos; y a otros de carácter educativo, religioso, etc. Esto conlleva al sujeto a asumir un rol (hija, madre, portero, cantante, estudiante, profesor, cura, feligrés, entre otros), dentro del grupo al cual se inscribe o se le asigna por derecho natural; sin embargo esta última categoría puede ser afectada por factores culturales, sociales, contextuales, o por decisión personal; que hacen que dicha condición “natural” deje de serlo; por ejemplo las hermanas mayores que deben asumir el rol de madres; o los hombre y mujeres que se sienten más identificados con el género opuesto, lo que lleva a plantear en el presente caso en particular que:

"la identidad de género es el reconocimiento que una persona hace acerca de su yo o de su "sí mismo" como hombre o como mujer, reconocimiento basado en la interacción de las características, valores y creencias que una cultura específica ha establecido como apropiadas para uno u otro sexo y la significación personal que cada hombre o mujer elaboran sobre ellas, a partir de su propia historia de vida" (Caicedo, Gómez, Bernal, y García, citados por Ortega y Delgado, 2010, p. 279).

“Consecuentemente, la identidad de los actores [individuales y colectivos] resulta siempre de una especie de compromiso o negociación entre autoafirmación y asignación, entre “auto identidad y exo identidad”. De aquí la posibilidad de que existan discrepancias o desfases entre la representación de la propia identidad y la de los demás, lo que ha dado lugar a la distinción entre identidades internamente definidas [subjetivas, percibidas o privadas] e identidades externamente imputadas [objetivas, actuales o públicas]” (Gómez 2005, p. 27).

“Un análisis de los conceptos de identidad social, étnica y cultural permite concluir que tienen en común al menos las siguientes características: la identificación como parte del grupo, el sentido de pertenencia a este grupo, las actitudes positivas hacia el grupo de pertenencia, y el comportamiento con base en el conjunto de valores y practicas propias del grupo”. (Rotheram & Phinney, 1987; Phinney, 1991, 1992; Orozco, 2007).

Identidad y su relación con la noción de comunidad

En el anterior apartado se tomo en cuenta algunos conceptos de identidad y la importancia de lo social en su construcción, desde las diferentes formas de asumirla y los posibles roles que se configuran a partir de esta, para ahora dar pasó a un aspecto más estrecho que abarca el sentido de comunidad, especialmente desde la agregación juvenil.

En tiempos donde no existían las telecomunicaciones, uno de los principales factores para la creación de una comunidad era el territorio físico, este aun sigue siendo punto de referencia, pero a su vez existe la posibilidad de reemplazarlo por medios virtuales o simplemente no considerarlo relevante al momento de crear comunidad. Esta, como su nombre lo indica, designa una común unidad de interés. Entonces ¿podría decirse que el modo en que estas se conciben ha ido cambiando a través de la historia o existe la necesidad de renombrar estas nuevas formas de agregación juvenil?

La agregación juvenil se cimienta a través de espacios de socialización y las relaciones que se gestan en estas, más allá de un territorio físico, se constituyen en “comunidades de sentido” (Jariego, 2004, 189-195). Las formas de interacción, es decir, la conversación de temas comunes, escuchar el mismo género musical, o crear sus propias rimas, entre otras prácticas compartidas, es el vehículo y a la vez su forma de crear significaciones y sentidos, constituyendo de esta manera una “intersubjetividad juvenil específica” (Gallego y cols, 2008, p. 45).

Maffesoli (1990) retoma de Weber el término “comunidades emocionales” para referirse a las nuevas formas de agrupación juvenil, y a si mismo les atribuyo a estas un carácter efímero.

Patiño, Estefan, Echavarría (2005, p.50) afirman “es precisamente el carácter compartido de los sentimientos lo que da sentido a la comunidad emocional, y si hay algo efímero no sería la comunidad como tal sino el evento que los integra, y para el caso de los jóvenes rockeros, el sentimiento por su música y por quienes la comparten entre sí, une lo disperso (...) El sentido de comunidad no se mantiene por la estructuración constante del grupo sino por la identificación y la fidelidad al Rock”.

Acorde a la anterior afirmación, cabe preguntarnos si entre personas que no se conocen, pero que comparten como referente identitario un mismo proyecto músico-cultural; apropiándose de sus creencias, valores, actitudes, estética, entre otras ¿podrían denominarse como comunidad?

“De esta forma la comunidad indica la adopción de referentes alternos que consiste en la asimilación/construcción colectiva de un conjunto de imágenes, conocimientos, personajes, historias, que representan el conjunto de ideas en torno de las cuales se aglutinan los miembros pertenecientes a una comunidad determinada y que entre otras funciones cumple con la de cohesionar a los miembros e influir sobre los conocimientos compartidos, los valores, las creencias y las actitudes”. (Ramiro, 2004, pp. 113 -121).

Identificación desde un individuo como referente

Otro aspecto que es importante tener en cuenta, es la influencia de él otro como referente de identificación, pues esta no siempre se da en sentido colectivo.

Gomez (2005, p.39) sostiene que “Los grupos de referencia automáticos en la niñez como son la familia y los vecinos pierden su atractivo en la adolescencia; hay ocasiones en que el adolescente se siente más atraído por los valores y actitudes de un individuo denominado persona importante que por los de un grupo entero”.

Ante esto Ana Freud (1969) sostiene que la figura de los padres viene a ser sustituida por alguien de la misma generación de aquellos, sin embargo para otros autores, (Obiols 2006), a partir de los años 50’s el modelo de identificación no se genera a partir de un modelo adulto, sino en relación con los pares.

Freud (1921) indica que en primera medida la identificación es la forma primitiva del enlace afectivo a un objeto, siguiente a esto, si está encaminada en una dirección regresiva se convierte en sustitución de un enlace libidinoso a un objeto, como por introyección del objeto en el yo; por último, la identificación puede surgir siempre que el sujeto descubre en él y en otra persona que no es objeto de sus instintos sexuales un rasgo en común.

Identities psico-históricas en la configuración de la noción de juventud:

Para comprender un fenómeno es importante tener en cuenta no solo las características del objeto en sí, sino todos los factores que pudieron haber influenciado el estado actual del objeto, es decir que elementos y sucesos pudieron repercutir para que el objeto de estudio llegara a ser como es y no de otra manera, es allí donde entra a jugar una gran importancia el contexto. Por ende, se comenzara a señalar cómo ha evolucionado el concepto de juventud, y algunas circunstancias históricas que afectaron su forma de concebirse y de volcarse en una forma de expresión hacia al mundo, para finalizar con un concepto general de cómo se entiende el ser joven en la actualidad.

El concepto de joven según Gómez “germina entre los siglos XVIII y XIX sin mayor trascendencia; se recobra en el siglo XX entre las décadas de los 50 y 60 para definirlo como “una identidad” que según Martín Barbero (1998) hace presencia a partir de la autonomía ganada por las manifestaciones revolucionarias en lo político, sexual, musical, de vestuario entre otros, de los jóvenes de ese entonces. Desde la escena pública en América Latina en la época de los movimientos sociales estudiantiles en las décadas de los años 60 y 70 los jóvenes vienen a señalar los conflictos no resueltos de las sociedades modernas y a prefigurar el escenario político, entre ellos, integrándose a las guerrillas donde fueron pensados como subversivos o por el contrario, como apáticos desinteresados y desconocedores políticos; esta derrota simbólica genera un desencanto volviendo invisibles a los jóvenes en este terreno en la década de los 80, mientras se consolida el neoliberalismo”(2005, pp. 9-13).

El gótico, según Palomares (2008, p.26) “como un movimiento social encuentra sus raíces en Francia, entre los años 1850 y 1860. Y su manifestación fue a través de un grupo conformado en su mayoría por obreros y otro tanto de estudiantes que vivían oprimidos por parte del sistema regente de la época. Para su promulgación pacífica maquillaron sus caras de blanco y vestían atuendos oscuros que daban a entender que la opresión [o represión] los tenía muertos en vida”.

En lo que atañe al Rock-Metal se le reconoce a este, siguiendo a Amaya y Marín (2000), como una propuesta musical creada «en la década de los setenta en Inglaterra, marcada especialmente por el descontento juvenil debido al estilo de vida hegemónico que algunos jóvenes consideraban ‘equivocado, depredador y suicida’, y las guerras que señalaban un declive en algunas reglas de convivencia entre naciones», los jóvenes encontraron en este género musical respuestas y alternativas que encajaban con las vivencias individuales y comunitarias del momento, y generaron vínculos con el Metal a partir de sus sensibilidades.

Restrepo (2002) indica que la guerra y la post guerra que trajeron avances en el progreso y la barbarie; la globalización y masificación de los medios de comunicación; la energía nuclear y la bomba atómica; la exploración espacial y la tecnología digital; los implantes; la clonación; Hiroshima y Chernobyl; la degradación ecológica; genocidios como los de Vietnam, Camboya, Bosnia, Ruanda; la miseria y la desigualdad crecientes; todo esto, en la misma época en la que se observan prosperidad enorme, surgimiento de entidades jurídicas y humanitarias mundiales, y la aceptación global de la democracia; es decir: la mayor irracionalidad dentro de la mayor racionalidad. Ante esto y como consecuencia de las decisiones de la humanidad que representan un daño irreversible, surgen la contracultura y las revoluciones juveniles de post guerra con el fin de corregir el problema. Lograron poco, no obstante dejaron inteligencia y libertad para afrontar el mundo.

Una definición de juventud vigente en la actualidad, es acuñada por Alba (1997, p.101) Joven es todo aquel que la sociedad en la cual vive considera como tal, pero también todo el que vive como tal, en tanto que posee un imaginario juvenil, es decir, un conjunto de creencias –más o menos cambiantes– que le permiten asignarle sentido al mundo, partiendo de los “datos” básicos de la cultura occidental contemporánea: la existencia de un entorno urbano como marco de referencia, una cierta fidelidad a los medios de comunicación de masas, una determinada regularidad de las prácticas sociales, de los usos del lenguaje y de los rituales no-verbales fundamentales.

Medios de comunicación y globalización

A continuación se expondrán algunos planteamientos acerca de la influencia que han ejercido los medios de comunicación y el proceso de globalización en la constitución de la identidad del joven en la actualidad.

Según Bermúdez (2001), cada vez más, los jóvenes construyen sus experiencias de vida, a partir del consumo de símbolos culturales globales provenientes de diversos lugares y sometidos a una fugaz permanencia. En este aspecto, se remiten a Silva (1.993) para mostrar que son los medios de comunicación quienes construyen y devuelven una imagen de joven a través de la televisión, el cine, la radio, la prensa y otros medios; llegando a controlar y a incidir en la jerga, el comportamiento, la forma de entender y ver el mundo, de satisfacer sus necesidades y de ser como sujetos, es por esta razón que se pueden encontrar punks en Bogotá, Lima o Nueva Delhi.

Arnett (2005) afirma que la globalización es, probablemente, una de las fuerzas dominantes en el proceso de desarrollo de los jóvenes en el siglo XXI, y por tal razón se hace prioritario estudiar su relación con el desarrollo y el ajuste psicológico. Este autor consideraba que “el punto central en el proceso de aculturación basada en la globalización estaría en la incorporación selectiva de perspectivas y prácticas de las diferentes culturas a las que un individuo ha estado expuesto a través de su vida”. Ante este proceso el resultado parece ser, por lo general, una idea confusa de sí mismo y un sentido de exclusión de su propia cultura y de la cultura global.

Símbolos y culturas en los estudios psicológicos sobre juventud

Según Valenzuela (2000) La identidad psicosocial se realiza a través de la adscripción a una propuesta cargada de matices simbólicos en un marco cultural, de la significación que se le da a la interacción, de la identificación y de la diferenciación social en escenarios y/o eventos de carácter lúdico y de diversión. Estos elementos simbólicos presentes en las agrupaciones de personas, tienden a ser cargados emocionalmente por sus miembros, por ende habrán de generar identificación con dicho símbolo que evoca al grupo mismo. Entonces, aquellas ideas y objetos compartidos son a su vez dotados de un valor significativo frente al cual se reconocen; proporcionándole “sentido de comunidad” (Jariego, 2004).

En muchas ocasiones las reuniones entorno a la comunidad pueden convertirse en actos ceremoniales, estos se hacen visibles, cuando los miembros del grupo se unen para poner en común una imagen, una emoción, una recuerdo, o cualquier otro elemento que es recreado por los integrantes del grupo mediante la acción, “de esta manera, ellos liberan y ponen a prueba la energía que el símbolo, la alegría, el recuerdo, el temor, etc; tienen para todos ello”. (Gorman, Clem. Citados por: Aguirre, 1996, p. 36).

Pero ¿cómo se hace lectura? de estas formas culturales, simbólicas y ceremoniales en la actualidad desde el punto de vista de la vivencia juvenil. Martín-Barbero (2002) Citado por Piña (2007, p.22) “indica estamos en presencia de un des-ordenamiento cultural, es decir, una nueva época que genera nuevos referentes para la identidad, nuevas prácticas socioculturales y una nueva generación de jóvenes, (...) impulsada por los procesos de globalización”. Además la desigualdad, la miseria, la degradación ecológica, entre otras, han sido factores decisivos en momentos históricos para la gestación de nuevas formas de manifestación juvenil.

Lo cual ha generado, para las ciencias sociales y humanas, una necesidad de definir estas formas de agrupación. Palomares (2008) los enuncia de la siguiente manera:

Subculturas: Este término se usa en sociología, antropología y estudios culturales para definir a un grupo de gente con un conjunto de creencias y comportamientos distintos a los de la cultura de la que forman parte y que por ende les diferencia de la misma (p.15).

Contracultura: Ante éste desazón a la pertenencia social, generado por sensación de vulnerabilidad ante la tendencia a manifestar un pensamiento propio, se habrá

de gestar una agrupación denominada contracultura, que resulta estar inmersa y mantiene una postura crítica frente a la sociedad a la cual pertenece (p.16).

Tribus urbanas: Dicho concepto se usa para denominar una subcultura que se origina y desarrolla en un ambiente urbano [cultura urbana]. Componen una gran parte de las agrupaciones juveniles, en las que la gente se relaciona en su tiempo ocioso o simplemente por su modo de vida. Estas tribus conforman unas manifestaciones de cultura y arte a su alrededor para el desarrollo de su moral o estilo de vida, todas ellas vienen marcadas por una profunda carga emocional, gracias a la persistente búsqueda por la realización personal o comunal. (Clifford, 1990. Citado por Palomares 2008, p.18).

Para concluir se puede decir que la identidad juvenil contemporáneamente, según Patiño, Brand y Uribe (2006, p.70) “se nutre de una serie de proyectos que fungen como modelos que contienen referentes tanto ideológicos como iconográficos (...) A ello se agrega un conjunto de elementos simbólicos que alimentan las creencias y los valores aglutinantes de la colectividad, la que a su vez defiende la existencia en este mundo como un proyecto individual”.

Al respecto, es significativo lo expuesto por Fernández Villanueva (1998) según el cual los estilos juveniles se caracterizan por una preferencia, por un tipo de música definido por una imagen característica y por una actitud frente al mundo. Para ella, ciertos grupos pueden enfatizar en algún elemento específico, restando importancia a los otros. La forma de vestir y el estilo de accesorios y símbolos con los que complementan su imagen contribuyen a formar y mantener una identidad psicosocial.

Juventud, poder y violencia

Como se expuso en el anterior apartado las agregaciones juveniles actuales, denominadas subculturas o contraculturas, buscan, desde simplemente

diferenciarse hasta exponer posturas críticas, con dos vertientes principales una hacia la cultura dominante o “bienpensante”, y la otra hacia el mundo adulto. Ante lo cual ya comienza a desdibujarse actitudes políticas y relaciones de poder:

En el caso específico del poder, Schwartz (citado por Zubieta, Filippi y Báez, 2007) destaca el papel de los valores y las metas motivacionales frente a lo que los sujetos o grupos definen como deseable o no, significativo o no significativo para sus vidas, y postula una estructura y un contenido universal de los valores, entendidos como “conceptos o creencias acerca de estados finales o conductas deseables, que trascienden las situaciones específicas, guían la selección y evaluación de conductas y acontecimientos, y están ordenados según su importancia relativa” (Schwartz & Bilsky, 1987, p. 551).

Muchos de esos valores, además, tienen la capacidad de integrar y cohesionar a los grupos mediante la interacción existente donde se reflejan los componentes de poder, estatus y autodirección. Poder, como la obtención de un prestigio social, control o dominio sobre personas y recursos [autoridad, riqueza, poder o reconocimiento social], mientras que el valor de autodirección puede estar asociado a la independencia en el pensamiento, la toma de decisiones y la acción, creación y exploración [creatividad, libertad, elegir las propias metas; ser curioso, independiente] (Zubieta, Filippi & Báez, 2007).

Parece ser que la juventud contemporánea, según Gallego y cols (2008) configura un mundo con sentidos propios, distintos o incluso opuestos a los del adulto: una subcultura juvenil que se vuelve espacio (material-simbólico), donde algunas de sus prácticas adquieren un sentido que algunas veces no sigue la norma. Ejemplo de esto es el uso de drogas, que en algunos estudios sobre realidades gregarias se pueden leer como un elemento común: que tanto el grupo como su relación de consumo desempeñan un papel de construcción de identidad, pues se convierten en un espacio que permite la diferenciación del llamado “mundo adulto”.

Ante las limitaciones que perciben del sistema social, entre los/las jóvenes se construyen espacios para expresar su descontento y en ellos sitúan límites inaccesibles para el control oficial. Las rumbas se convierten en espacios para el desahogo ante la uniformidad, para las identidades y las resistencias juveniles, que se amparan en lo cultural, lo que de hecho es también político, pues la norma y el juicio moral del otro generalizado, el del discurso sobre la droga (Ghiardo, 2003). Los escenarios de agregación juvenil, como la rumba, cumplen una doble función para los jóvenes que asisten a estas, pues a la vez de que se divierten, se sienten políticamente participes y dueños de la situación (Erazo 2005).

Pero el consumo de drogas y la rumba no son las únicas formas, que tiene los jóvenes de diferenciarse, oponerse, o simplemente tener experiencias que parecen estar veladas o prohibidas. Para Patiño y cols (2005): El rock le ofrece a los jóvenes la posibilidad de expresar emociones que son negadas, que no tienen cabida en el mundo de «fuera» o son restringidas. Desplegar estados de ánimo, en sonidos, movimientos y líricas equivale a vivir con libertad esa parte 'oscura' del ser; ese otro «yo», opuesto a la razón, instintivo ['la bestia' o 'la alteridad'], que en ocasiones no se desata por temor. Constituye una vivencia emocional [opuesta a las convenciones racionalistas que pretenden imponerle a los jóvenes], que surge cuando se conecta con emociones de melancolía, ira o euforia que suelen ser menospreciadas por «poco saludables» y relegados al dominio del autocontrol.

Otra aspecto que ha generado una especie de tabú y marginación, por tanto diferenciación y un modo de apartarse, es el atuendo y la forma de adornarse. Palomares (2008) plantea que la apariencia que adoptan las tribus urbanas para diferenciarse genera a su vez un fenómeno de censura por parte de la cultura que las abarca, si su apariencia tiende a ser extra-ordinaria, genera controversia. Este fenómeno encuentra una explicación en un planteamiento de Freud (1913) acerca del Tabú : aquel que ha violado un tabú adquiere por este hecho tal cualidad, es decir, se convierte en tabú, así mismo los objetos que estén en contacto con él también son objeto de tabú. Como ejemplo se citara, el caso de la

tribu gótica su apariencia es, al mismo tiempo, intimidante y llamativa por tener tan marcadas manifestaciones siniestras en el vestir, en el maquillaje, por ello acarrea este estigma social e impone juicios sociales.

En este sentido, Freud (1929) plantea que el curso ulterior de la evolución cultural parece tender a que se deje de expresar la voluntad de un pequeño grupo, tribu, o agrupación social cuyos valores distan de la cultura que lo absorbe, manifestando por parte de dichos grupos inconformes una frustración cultural que rige el vasto dominio de las relaciones sociales entre los seres humanos, dando paso a la causa de la hostilidad opuesta a toda cultura.

Por otra parte, según la investigación realizada por Gómez (2005, p. 14) “los jóvenes empezaron a ser pensados como los responsables de la violencia en las ciudades; al finalizar los 80 y en la década de los 90, son concebidos como rebeldes, subversivos, delincuentes y violentos, el agente manipulador de toda esta época es la droga. Estas clasificaciones se extienden rápidamente y estigmatizan a cierto tipo de jóvenes en el espacio público; cuando sus conductas, manifestaciones y expresiones entran en conflicto con el orden y desbordan el modelo de juventud de la modernidad occidental de América Latina, volviéndose visibles como problema social. El siglo XXI arranca con evidentes muestras de una crisis político-social diversa y desigual; los jóvenes siguen haciendo estallar las certezas y modos en que estas inequidades se hacen presentes, donde los proyectos sociales hasta hoy, son incapaces de realizar las promesas de un futuro incluyente, justo y sobre todo posible (Reguillo, 2000). En Colombia las manifestaciones de violencia juvenil llevan al país a reconocer la existencia social de los jóvenes; son los medios masivos de comunicación los encargados de mostrarlos como una generación que crece sin miedo a la muerte, inmersa en un país convulsionado de múltiples violencias. Sin embargo un fenómeno especial transforma el paisaje de las ciudades. Jóvenes organizados en barras, bandas, pandillas, grupos musicales; modos particulares de presentarse ante el mundo adulto de experimentar la ciudad, la sociedad y a ellos mismos; hacen uso de la

calle, con nuevos rituales de la vida y de la muerte; son algunos de los fenómenos llamados culturas juveniles”.

En cuanto a las tribus urbanas, la información que sobre ellas circulaba en las ciudades y las resultantes hostilidades se basaron inicialmente en percepciones estereotipadas que cada grupo tenía de los otros. Por ejemplo: El decir que el skinhead es un fenómeno político de poder autoritario y conservador. Mientras que el punk es la anarquía completa, es una afirmación que enmarca una diferencia clara además de un motivo de choque entre morales. Otro tipo de choques se generan por otro tipo de moral. Por ejemplo, los skin odian a los mechudos [metaleros] porque los consideran afeminados y odian a los punkeros porque dicen que son la decadencia (Marín & Muñoz. 2002).

Lo anterior nos remite a un planteamiento de Erikson (1971) sobre el amor adolescente, el cual también nos sirve para comprender esta necesidad de delimitación y diferenciación: el amor del adolescente es un intento de lograr una definición de la propia identidad, proyectando sobre otro la imagen difusa de su yo, que de esta forma se ve reflejada y establecida gradualmente. Esta tendencia a buscar la identificación conlleva también a manifestaciones agresivas frente a aquello con lo que no se identifique, desaprobándolo activamente.

Es importante anotar que la especificidad de los estudios psicológicos sobre juventud, centran su mirada en los procesos de configuración identitaria, no obstante, éstos retoman fuentes interdisciplinarias que posibilitan ampliar la visión de la psique netamente individual a sus procesos de colectivización. En este sentido, la psicología cultural retoma las representaciones sociales, las narrativas, el enfoque histórico cultural y el interaccionismo simbólico como fuentes de análisis en los trabajos revisados. De allí que la psico-cultura, tematiza y aporta a los estudios de juventud en su dimensión identitaria y subjetiva y en el poder de las emociones como campo de acción política. Frente a dichas nociones es importante señalar algunas distinciones que se retoman de dichos estudios.

Identidad, subjetividad y violencias

La psico-cultura, en los estudios de juventud referidos, aborda la amplitud de aspectos que abarcan el carácter social del ser humano y las maneras que éste otorga sentido a su integración a un grupo determinado, así mismo, se orienta por un interés común con los demás miembros del grupo, interés que se devela en conjunto de valores y practicas compartidas. Por otro lado, la noción de la identidad desde una psico-cultura reconoce la relación más estrecha del sujeto con sus contextos diversos, las épocas en que vive, la relación con otros como colectivo; para finalmente, volcarse en el aspecto más íntimo de sus identidades, la subjetividad.

González Rey (2000) afirma que un sujeto se expresa de acuerdo a la interpretación que hace de sí y del mundo en el que vive, escapando así a la determinación y cosificación para hacerse realidad a través de la interacción: “el sentido subjetivo se comprende como el conjunto de emociones que se integran en los diferentes procesos y momentos de la existencia del sujeto, constituidos en una cualidad que es parte de la emocionalidad que caracteriza al sujeto en esa zona de la experiencia” (p.8).

La intersubjetividad, en términos de Fernández (citado por Lindon, 2002), funciona como el horizonte sobre el cual lo humano puede ser entendido por medio del lenguaje, como referencia de una conciencia colectiva.

Las dinámicas relacionales se dotan de sentido a través de la intersubjetividad que se entretiene al interior de un grupo, y a su vez genera efectos en los procesos de construcción identitaria en y entre los jóvenes. Siguiendo a Schütz (1993) es interesante mencionar que la conducta humana se transforma en acción cuando se devela sentido subjetivo para quien la realiza; entonces, si una práctica sugiere acción, su comprensión sería propiciada por el sentido que el actor le otorga a la

misma y ese sentido no le viene naturalmente, sino que se produce en la interacción social.

“Las identidades solo pueden ser mantenidas intersubjetivamente, por ello, es importante que los sujetos sean reconocibles y reconocidos por otros actores en el medio social, que interactúen con ellos en términos de la identidad que mantienen, y para esto, es necesaria no solo una imagen característica; sino, también, una acción adecuada a la identidad pretendida, una acción que remitirá necesariamente a los significados que asociamos a los significantes identitarios”. (Villanueva, 1998, citado por Patiño, Brand, Uribe, 2006, p.80).

Para los jóvenes pertenecientes a algún tipo de agregación juvenil, el grupo se constituye en un espacio en donde se construyen significados que cohesionan a sus participantes porque sienten que comparten un estilo de vida propio y singular. De tal forma que las relaciones intersubjetivas dejan en evidencia las diferencias y puntos de encuentro entre los jóvenes cuando interactúan con sus pares, comparten prácticas y conocimientos que los dotan de sentido y significado. (Gallego y Col 2008, p. 35).

De esta manera, los tránsitos entre la noción de identidad a subjetividad comienzan a tener fuerza en los estudios de la psico-cultura y la psico política, cabe anotar las distinciones que éstas ofrecen, particularmente, en la mirada de trabajos sobre juventud y violencias contextualizados en la psicología cultural y política en la región, específicamente en los relacionados con el Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud (Universidad de Manizales – Cinde).

Específicamente, el trabajo de Botero, Calle, Daiute, Lugo, Pinilla, Ríos, Arias, Rengifo, Quintero, Quintero, Zuluaga y cols, (2004-2007); y de Botero, 2008a rompen con la visión urbanizada de la juventud para comprender los procesos psico-culturales con una dimensión contextual que incidirá en la reconfiguración de

las identidades y las subjetividades en la comprensión de la relación Juventud y violencias.

Dicho trabajo fue realizado a partir de seis subproyectos con grupos de jóvenes en Guerra, en medio de la Guerra, en contextos márgenes, contextos rurales, en barrios populares y con jóvenes universitarios, así mismo, permite observar las matices y distinciones según la posición en el conflicto: Relación directa o indirecta escenarios de conflicto: Calle, Casa, público/estatales (Conflictos identitarios/intergeneracionales, de convivencia, violencia doméstica, violencia urbana, violencia rural, guerra) en los cuales se construye la noción de mecanismos de defensa social.

Dicha noción se diferencian de los mecanismos de defensa psíquicos dado que estos últimos se construyen para aliviar la angustia, de manera más o menos consiente y para reducir la tensión y resolver conflictos de las demandas del ello y el super yo; de tal modo que los mecanismos de defensa social se constituyen en estrategias de supervivencia física y simbólica en contextos de conflicto.

De esta manera, se configura una relación cíclica de producción de sujetos violentos y contextos violentos, pues la comprensión de regulaciones culturales y mecanismos de defensa social permiten observar la coexistencia entre las contextos de violencia y violencias juveniles como la urdimbre o cultura de desacato y muerte (Botero, Calle, Lugo, Pinilla, Ríos, Arias, Rengifo, Quintero, Quintero, Zuluaga y cols., 2004-2008, p, 130).

Estos hallazgos implican desde el punto disciplinar la urgencia de deconstruir la patologización que la psicología ha agenciado en un lenguaje de medición de conductas agresivas y comportamientos antisociales en contraposición al espíritu de las violencias simbólicas, históricas y contextuales, en este sentido, es necesario integrar a la psicología una perspectiva cultural, política e histórica que interroge la dicotomía establecida en la tecnificación del conocimiento científico:

individuo/sociedad; sujeto/objeto, mente/cuerpo, mundo espiritual/mundo terrenal. De esta manera, las implicaciones disciplinares acuden a la pregunta por el método como punto de debate para el estudio de una psicología que tiene como base la comprensión del espíritu de lo humano en las relaciones inter-humanas, sus mundos y en lo que ha sido la humanidad (Botero, 2008c) laboratorio de violencias.

Las expresiones de violencia como mecanismos de defensa sociales vitales o estrategias que los y las jóvenes “ponen en funcionamiento ante el mandato colectivo para adaptarse, protegerse y enfrentar el conflicto” (Botero & Alvarado, 2006 y 2007; Botero, 2008; y, Botero, Calle, Lugo, Pinilla, Ríos, Arias, Rengifo, Quintero, Quintero, Zuluaga y cols., 2004-2008, p, 130) ponen en cuestión la atribución de las violencias a identidades particulares, como condición subjetiva, indican las condiciones y circunstancias determinadas en las cuales habitan los sujetos, de tal modo que estos deben construir estrategias de supervivencia física y simbólica en contextos de conflicto, más allá de las posibilidades de discernimiento y elección personal.

Las subjetividades, además de su carácter social y cultural se relacionan con los procesos de identidades colectivas en las injusticias como marcos de acción colectiva, en los cuales, específicamente en el campo de las identidades colectivas, las lealtades entre los y las jóvenes se constituye en marco de acción fundamental (Delgado, 2000-2005).

Finalmente, la identidad como proceso central en los estudios sobre juventud desde una perspectiva psico-histórica se distingue de las subjetividades políticas juveniles cuando las identidades no sólo se centran en los procesos sociales; sino, especialmente, cuando éstas se delimitan a una acción encaminada a la autonomía, la reflexividad, la conciencia histórica, el valor de lo público, la articulación entre acción vivida y narrada; y, la instauración de nuevas formas de

distribución del poder, de allí, el tránsito de estos estudios en sus búsquedas sobre la juventud de una mirada psico-cultural a una mirada psico-política.

Referencias

AGUDELO, PASOS, B. R. (2009). Identidad y formación profesional una perspectiva de construcción en relación: Revista CES Psicología. Vol. 2, pp. 20-34. Extraído desde

revistapsicologia.ces.edu.co/index.php?option=com_docman&task...

AGUIRRE, A. (2000). Demarcación de la psicología cultural. Anuario de Psicología. Vol. 31, pp. 109-137. Extraído desde

dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2792430

BOTERO, P. Y cols (2000- 2005). Niñez ¿política? y cotidianidad: Reglas de juego y representaciones de lo público en niños y niñas en condiciones margen. Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud. Universidad de Manizales - Cinde.

BOTERO, P., SALAZAR, M., Torres, M. L. y cols. (2006). Narrativas y prácticas de crianza: hacia la construcción de relaciones vinculantes, lo público y la democracia frente a la violencia intrafamiliar en ocho observatorios de infancia y familia de Caldas. Investigación Social: Comprensión y Acción Local en los Oif de Caldas. En: Colombia ISBN: 978958985721 2. Ed. Artes Gráficas Tizan Ltda., pp.35 - 125

BOTERO, P. Alvarado, S. V. (2006). Niñez ¿política? Cotidianidad. Revista Ciencias Sociales Niñez y Juventud, Manizales. Vol. 4, pp. 97-130.

QUINTERO, QUINTERO y BOTERO. (2006) Narrativas sobre el conflicto por jóvenes que habitan en contextos de guerra. Colombia Revista De Antropología y Sociología. ed.: Editorial Universidad De Caldas. Vol 8, pp.9–36.

BOTERO, P., CALLE, A., LUGO, N. V., PINILLA, V. E., RÍOS, D. M. Y cols. (2004-2007) Manizales con su Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud. Universidad de Manizales-Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano, Cinde, Facultades de Psicología, Educación, Comunicación Social e Ingeniería. City University of New York, CUNY y Fundación para el desarrollo del Menor y la Familia, Fesco. Articulado al proyecto internacional: DAIUTE, C. (2004). Los jóvenes en conflicto escriben sobre el futuro: perspectiva internacional sobre el conflicto socio-político y cultural desde las narraciones de los y las jóvenes de diversas regiones del mundo. Universidad de la Ciudad de Nueva York.

BOTERO, P., ALVARADO, S. V. (2007). Niñez, ¿política? y cotidianidad. In: Vasco Montoya, Eloísa. Alvarado, Sara Victoria. Echavarría Grajales, Carlos Valerio. Botero Gómez, Patricia. (Org.). "Justicia, moral y subjetividad política en niños, niñas y jóvenes". Manizales. Vol. 1, pp. 161-186.

ALVARADO, S. V., OSPINA, H. F., MUÑOZ, G., BOTERO, P. Y cols. (2005-2008). La Escuela como escenario de Socialización Política: Actitudes, Sentidos y Prácticas de Participación Ciudadana en Jóvenes de estratos 1 y 2 de cuatro regiones del país, participantes en el Programa Nacional ¿Jóvenes Constructores de Paz?. Universidad de Manizales-Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano, Cinde. Manizales.

BOTERO, P. (2008). Dimensão simbólica do conflito sócio-político e cultural de jovens em seis contextos locais da Colômbia. Revosta. Vol. 11, No 3. BRASIL: E-Compós. Extraída desde <http://www.compos.org.br/seer/index.php/e-compos/issue/view/15>. septiembre 14 2009.

BOTERO, P. (2008). Relación juventud, historia y política desde una perspectiva literaria desde la segunda década del siglo XX. En: Colombia Ponto-E-Virgula4.

ed.: Vol 4, pp. 295 - 312. Extraída desde <http://www.pucsp.br/ponto-e-virgula/n4/indexn4.htm>.

BOTERO,P. (2008). Dimensão simbólica do conflito sócio-político e cultural de jovens em seis contextos locais da Colômbia. Revosta. Vol. 11, No 3. BRASIL: E-Compós. Extraída desde <http://www.compos.org.br/seer/index.php/e-compos/issue/view/15>. septiembre 14 2009.

BOTERO,P., OSPINA, H. F., MUÑOS, G., ALVARADO, S. V. (2008) Las tramas de la subjetividad política y los desafíos a la formación ciudadana de jóvenes. En: Revista Argentina de Sociología. Vol .6, fasc.10.

CABRERA, V. E. (2007). Identidad de género en el discurso de los universitarios. Educación y Educadores. Vol. 10, pp. 23-34. Extraído desde <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=83410204>

CAYCEDO, C., DUARTE, C., GRANADOS, I., BERMAN, S.,CHENG, M., SUKUMARAN, N., BRIONES, E. (2009). Globalización e identidad personal y global en universitarios colombianos, chinos, hindúes y norteamericanos. Universitas Psychologica. Vol 8, pp. 859-876. Extraído desde <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/647/64712155022.pdf>

DELGADO, R. (2000/2005). Análisis de los marcos de acción colectiva en organizaciones sociales de mujeres, jóvenes y trabajadores. Tesis de doctorado no publicada. Manizales: Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud. Universidad de Manizales-Cinde y Bogotá: Universidad Javeriana.

GARCÍA, B. J. (2000). Paisajes de la psicología cultural. Anuario de Psicología. Vol. 31, pp. 9-25. Extraído desde <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2792373>

GOMEZ, N. (2005) Análisis sobre la identidad social de los bogotanos a través de documentos producidos entre 1996 – 2003. Tesis de Maestría no publicada, Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

GUITART, M. (2008). Hacia una psicología cultural. Origen, desarrollo y perspectivas. Fundamentos en Humanidades. Número II, pp. 7-23. Extraída desde <http://fundamentos.unsl.edu.ar/pdf/articulo-18-7.pdf>

ORTEGA, X. N., DELGADO, A. C. Identidad de género: ¿obstáculo al desarrollo o acceso a la equidad?. Extraída desde: http://biblioteca.universia.net/html_bura/ficha/params/id/49440049.html

PALOMARES, J. F. (2008) Desarrollo de la identidad en tres integrantes de la tribu urbana gótica: Un abordaje exploratorio desde la teoría de Erikson. Tesis de Pregrado en Psicología no publicada. Universidad de San Buenaventura de Bogotá.

PATIÑO, C. D., UPEGUI O. E., ECHAVARRIA, C. (2005) La identidad metalera: Una vivencia emocional. Informes psicológicos. No. 7 ,pp. 39 – 55.

PATIÑO, C. D., BRAND, M., URIBE P. (2006). La muerte y los jóvenes un caso de identidad psicosocial gótica. Informes psicológicos. No. 8, pp. 69 – 87.

GALLEGO C., PATIÑO, C. D., ARIAS, F. J. (2008). Consumo de éxtasis y búsqueda de armonía: referentes de una identidad juvenil. Psicología desde el Caribe. N° 21, pp 32 – 63. Extraída desde <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=21302103>

URIBE, A. E., BARRETO, I. (2009) La identidad de los jóvenes que eligen programas de mercadeo. Suma Psicológica. Vol. 16, pp. 27 - 36. Extraída desde <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/1342/134213131003.pdf>